

LA PALABRA DE DIOS, MÁS PENETRANTE QUE ESPADA DE DOBLE FILO

José Ignacio Blanco Verga

0. Introducción

Cuando la Constitución Dogmática sobre la divina revelación “Dei Verbum” define la naturaleza de la revelación y su objeto, afirma que Dios realiza su autocomunicación libre y soberana por obras y palabras. Las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; por otro lado, las palabras proclaman las obras y realizan su misterio (DV 2).

Asimismo, Cristo es presentado por el mismo Concilio como la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre. Él es el mediador y plenitud de toda la revelación porque es la Palabra hecha carne (DV 2). Este dinamismo revelador de Dios, en cuanto que busca comunicarse y comunicar al hombre su plan salvífico, tiene su mediación en la palabra del AT y en Jesucristo, evangelio de Dios y palabra encarnada, en el NT. Por ello, la Palabra sigue siendo el lugar donde, de forma primordial, Dios se encuentra con los hombres y los hombres con Dios.

El encuentro de Dios con el hombre es, por su propia voluntad, relacional. Y es una relación única puesto que la vivimos en la fe. Esta relación, vivida en la fe, va más allá de lo experimentable, si por experimentable entendemos lo que las ciencias empíricas, o incluso, las ciencias humanas, entienden por experimentable o demostrable por sus propios métodos. Pero es una relación real. Y, desde el punto de vista de Dios, solamente podemos vivir esa relación con Él a partir de las imágenes que de Dios vamos imprimiendo en nuestro corazón. En este sentido toda imagen de Dios es simbólica, no propiamente representativa.

En la fe la imagen de Dios se percibe en la intencionalidad teologal del ser que se da en los niveles propiamente espirituales. Por eso, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, que para nosotros es todo, se produce por connaturalidad. Pablo hace referencia a este conocimiento indicándonos que es el corazón quien conoce a Dios. El corazón es, en la mentalidad paulina, el centro más íntimo de la persona y, por lo mismo, inobjetivable. Va más allá del puro sentimiento y sentimentalismo, del discurso racional, más allá incluso de la voluntad y más allá del yo. Por ello, si confundimos la fe con el sentimiento, con un sistema de creencias religiosas, con una ideología por buena y santa que sea no podemos entender nada. Aquí ni los filósofos ni los psicólogos tienen nada que decir puesto que se trata del hombre nuevo creado por obra del Espíritu Santo.

Estas imágenes de Dios son fruto del misterio propio de la revelación y se conceden cuando el testimonio exterior de Dios que viene de la historia de la salvación, de su Palabra, y el testimonio interior del Espíritu Santo coinciden.

1. Varias imágenes de Dios donde concuerdan Espíritu y Palabra

1.1. Soberanía de Dios

Una imagen que resalta en la Biblia, sin duda, es la imagen teologal que se refiere a la soberanía de Dios. La Biblia hace la síntesis, sin una explicación racional, entre la inmanencia y la trascendencia, entre la cercanía de Dios y su distancia simultáneamente. Con una frecuencia mayor de lo que nos parece y, sin duda, de forma involuntaria, en nuestra vida pastoral realizamos lo contrario y así nos manifiestan luego los fieles y quienes, no siéndolo, se siguen preguntando por Dios: "la imagen del Dios del AT no me gusta porque es un Dios distante, justiciero, castigador, mientras que, a partir de Jesús, Dios se revela como Padre bueno y cercano, misericordioso y entrañable...", nos dicen. De esta forma interpretamos y favorecemos la interpretación de la paternidad de Dios como un atributo psicológico. Sin embargo, no es ésta la experiencia percibida en la Palabra: cuando Dios aparece más cercano (Ex 3; Is 6; Jn 1) se muestra al mismo tiempo en su soberanía trascendente e inmanipulable.

Nuestro pensamiento, a pesar de las influencias de Oriente, sigue estando marcado por la filosofía y la razón especulativa que tiende a buscar "razones" y "explicaciones" para todo. De esta forma la misma teología tiene que echar mano de estas categorías para explicar la trascendencia de Dios, la autonomía del mundo, la secularización progresiva de nuestra sociedad. Tienen que explicar que a Dios no se le puede objetivar porque Dios no es una causa entre las causas, sino que es el totalmente Otro que vive en su trascendencia. De esta forma liberamos, sin duda a la experiencia religiosa de su elemento mágico infantil que pretende que Dios lo explique todo. Pero, de esta forma, hemos conquistado la autonomía del mundo secular sin Dios. De Dios no podemos hacernos imagen porque pertenece a una realidad trascendental, lo que concuerda con el segundo mandamiento (Ex 20,4) de no hacerse imágenes de Dios.

Así nos liberamos de una imagen mágica de Dios, pero, si nos quedamos ahí, no tenemos ninguna palabra que decir a nuestro mundo puesto que esta adultez es la del filósofo no la de la fe.

El profeta Isaías ofrece otro planteamiento: *"Mirad, los dioses vuestros son los que vosotros fabricáis". "¿Qué estáis buscando con esos dioses que fabricáis?" "¿No os dáis cuenta de que son obra vuestra?"* (Is 45-46). Israel percibe muy bien que de Dios no se puede hacer imagen porque es el absolutamente trascendente, es el que lo hace todo y nada lo puede contener ni representar y, sin embargo, le percibió cercano y protagonista real de su historia. La experiencia del exilio permitió a los israelitas darse cuenta de que los dioses y templos babilonios eran grandiosos y, en la conciencia de Israel la pregunta que surgió era si los dioses babilonios no serían los verdaderos ya que le habían podido al Dios de Israel. Por eso, quienes les deportaron se ríen de ellos: *¿dónde está vuestro Dios?"* La respuesta de fe es clara: *"Nuestro Dios está en el cielo y lo que quiere lo hace"* (Sal 115). Desde la razón, nuestro pensamiento tiende a situar a Dios en el cielo y alejarse de la tierra sin implicarse en ella. El pensamiento de la fe es justamente el contrario: nuestro Dios está en el cielo y, por eso, hace lo que quiere en la tierra. Es el Señor absoluto.

Cuando, en el NT, Jesús dice: *"ni un solo cabello de vuestra cabeza caerá sin permiso del Padre"* (Mt 10, 30), el creyente percibe que todo está bajo la soberanía del Padre. Ahora bien, la percepción brota desde dentro del creyente, no puede "demostrarla". Esta experiencia libera tanto del pensamiento mágico que trata de manipular a Dios como del pensamiento filosófico que no sabe qué hacer con el señorío de Dios.

Que este señorío de Dios no sea "demostrable" no quiere decir que no sea real. Nos pasa lo mismo con el amor: ¿puede alguien demostrar por qué una persona ama a otra? Podrá demostrarle su amor, pero no podrá decir por qué lo ama. Para poder percibir el señorío de Dios hace falta una luz especial que no pertenece a la finitud (ésta trata de controlar la existencia) ni a la razón discursiva. Ésta confunde su conocimiento con lo "demostrable" y llamar a eso ciencia no deja de ser una pretensión prometeica. Confundir la realidad con nuestro conocimiento de las causas y consecuencias es un pensamiento muy pobre. La ciencia tiene la función de establecer la relación de los fenómenos, pero nada más. Es mucho, pero nada más. En la Biblia, la

soberanía de Dios es absoluta: cuanto más distante, más cercano y, cuanto más cercano, más distante. Cuanto más respeta la autonomía del hombre, más lo realiza Él todo.

1.2. La relación con Dios se fundamenta en la fe

En la Sagrada Escritura se habla de Dios con un realismo de presencia, de acontecimiento, de hechos salvadores. Para los escritores bíblicos Dios siempre es un Tú personal y, sin embargo, sin fundamentar esa relación personal con Dios en lo "demostrable" y, por lo mismo, controlable. Esa relación se fundamenta en la fe, en la confianza. Por eso, un creyente puede decir: Dios me ha curado "milagrosamente". No sabe cómo, pero "sabe" que Dios ha estado presente. Está seguro de que Dios ha actuado ahí. No sabemos cómo actúa la fe, pero lo hace. La fe no es una interpretación de la realidad. La fe es una "visión" nueva de la presencia de Dios en el mundo. Una percepción que no pertenece al mundo del saber ni de la interpretación. Por eso, la fe no puede ser confundida con la representación cultural.

1.3. La percepción deuteronomista

Aparece este esquema teológico en la tradición del mismo nombre que se remonta en sus raíces al grupo teológico de los profetas del Norte. Tiene cuatro momentos:

- a) Dios toma la iniciativa salvando por gracia, sencillamente porque ha elegido a su pueblo.
- b) El hombre estructura la relación con Dios y no es fiel a la alianza. De esta forma, peca.
- c) La reacción de Dios es el castigo. Se produce entonces el conflicto que ha sido originado por el hombre. Dios no suprime el conflicto y reacciona ante éste de forma conflictiva: al pecado responde con el castigo. A partir de aquí la reacción de la fe que siempre se dirige en la misma línea: a través de la fidelidad de Dios.
- d) Dios crea un futuro nuevo. En nuestro esquema especulativo o psicológico este dinamismo no tiene fácil entrada. Por eso, la palabra castigo nos asusta tanto, porque parece que se opone al amor. La línea que sostiene este esquema es la fidelidad de Dios, su amor fiel. Esto quiere decir que el problema del conflicto es inherente al proceso mismo de la fe. Cuando Dios no responde a nuestros deseos, pecamos dejando de confiar en Él. Dios purifica nuestros deseos y nos enseña a fundamentar la relación no sólo con Él sino también la relación con la tierra. Si el hombre no se fundamenta en la fe, sino en el deseo, no está ni a la altura de la alianza ni a la altura de su propia dignidad de persona libre. Por eso, en una historia relacional, el conflicto es la mediación donde se integra todo un proceso que posibilita a la persona fundamentarse en la fe. Es necesario integrar el conflicto a través de un proceso de purificación interior, conversión, para que el hombre se libere de sus sistemas de seguridad, de sus deseos y, por fin, encuentre la fe que es el ámbito propio del mundo de Dios y del hombre.

De esta forma, podemos darnos cuenta de que sólo se puede acceder a la experiencia teológica integrando el conflicto y la frustración de los deseos: a través del pecado y del castigo.

1.4. La confianza afectiva

La Biblia nos ofrece un manejo de la afectividad primaria y la afectividad purificada simultáneamente. Ejemplo llamativo es la oración de Jesús en Getsemaní. En ese momento en que Jesús está viviendo su mayor frustración radical, a través de la expresión "Abba", manifiesta la intimidad amorosa que vive con su Padre: *"Abba, aparta de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú"* (Mt 26,39).

En esta experiencia se maneja la afectividad primaria en la que Dios es seguridad, refugio, caricias, seno materno y, al mismo tiempo, esa relación con Dios está más allá de lo que se puede percibir y experimentar, más allá de lo sensible, del deseo, de la realización de las propias expectativas. Es la experiencia propia de la fe que aparece en los sentimientos básicos de agradecimiento y confianza. El agradecimiento es el sentimiento primario que brota de nosotros cuando recibimos la existencia; pero, a la vez, el agradecimiento es el sentido último de poder

asumir la finitud y la muerte. La confianza nos deposita en los brazos de Dios como en los pechos de nuestra madre (Sal 131, 2) y nos permite saber que Dios es fiel aunque nos mate: *"tú me lo diste y tú me lo quitaste, bendito seas"* (Job 1, 21). El mismo sentimiento expresa los extremos.

Si, por el contrario, la confianza en Dios depende de que Él satisfaga nuestros deseos, no es una confianza teologal, sino psicológica. La confianza teologal no depende de que Dios responda a mis deseos. Más bien implica que estoy dispuesto a no vivir pendiente de mí, y de percibir a Dios como el siempre fiel.

1.5. La tensión escatológica del Reino

Todo lo anterior está en el AT. En el NT está maravillosamente expresado en el proceso del discípulo: *"Decid a Juan el Bautista que los ciegos ven, que los cojos andan, los muertos resucitan y a los pobres se les da la Buena Noticia"* (Mt 11, 4-6). La llegada del Reino significa, por un lado, que se han realizado nuestros deseos, nuestras expectativas, nuestras grandes utopías. Por fin, somos liberados de aquello que nos oprime. Pero, Jesús añade a continuación: *"Dichoso el que no se escandalice de Mí"*. ¿De qué nos podemos escandalizar si se está cumpliendo lo que queremos? Sencillamente porque el Reino que viene con Jesús no responde a las expectativas y deseos tal y como los discípulos los vivían. Por eso, a partir del Reino que llega con Jesús, la tensión se vuelve escatológica. En la medida en que se están realizando las mayores utopías, los más profundos sueños del deseo humano se realizan con el Reino y, sin embargo, la forma soberana de realización del Reino es la pascua, la muerte. La resurrección deja el mundo, a primera vista, intacto, ya que la resurrección de Jesús pertenece a una realidad más allá de la historia. Después de dos mil años, la muerte sigue vigente. Todo parece igual excepto para aquéllos que tienen el Espíritu Santo. Éstos son los que experimentan que, con la resurrección, ha cambiado absolutamente todo y que la presencia del resucitado lo llena todo.

En esta tensión se está revelando que la única experiencia adecuada del Reino es la teologal. ¿Cómo se pueden entender las bienaventuranzas si no es como síntesis paradójica? ¿Cómo pueden ser bienaventurados esos hombres indefensos que han optado por la no violencia, que no pueden apoyarse en sí mismos, que son como niños ante Dios y ante los hombres? ¿Cómo pueden ser felices y, además, tener el secreto para transformar la historia? Las bienaventuranzas sólo pueden ser percibidas desde la luz teologal. Como el mismo Jesús dice, "unos entienden y otros no entienden". "A unos se les habla para que no entiendan y a los otros se les concede entender por gracia". *"Al que más tiene más se le dará y, al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene"* (Mt 13, 11-15).

1.6. La relación y experiencia que Jesús tiene del Padre

Ésta es una referencia decisiva y determinante para captar qué es la imagen teologal de Dios. En el mismo "Padrenuestro" vemos que solamente puede ser entendido y vivido teologalmente. Esta oración de Jesús supone vivir la vida bajo la soberanía de Dios; una imagen de Dios que actúa viva, salvadora, pero que no es controlable: *"hágase tu voluntad"*. "Haz lo que Tú creas que tienes que hacer"; una imagen de Dios trascendente y soberana en la cual vivimos lo más concreto - *"danos el pan de cada día"*- con toda naturalidad.

A Jesús eso le sale con toda espontaneidad. Sin embargo, hay gente que dice pedirle a Dios cosas y no conseguirlas u obtenerlas: no les da pan, no les cura las enfermedades, no arregla sus problemas. Su forma de pedir no es teologal sino preteologal, pagana. Los paganos se inquietan por el mañana. *"Vosotros, sin embargo, como los pájaros del campo"* (Mt 6, 25-34). Da la impresión de que Jesús toma poco en serio la vida humana, con un cierto talante romántico lleno de fantasías. Sin embargo, con la luz teologal, impresiona su realismo brutal. Jesús conoce realmente la profundidad del hombre porque, hasta que no te liberas de la necesidad de dominar la existencia, ni puedes ser libre ni puedes trabajar.

1.7. La relación del discípulo con Jesús

Es una relación específica y propia ya que se puede tener relación con Jesús de muchas formas: como modelo de identificación, como símbolo de valores éticos, humanistas, hasta religiosos; puede ser querido como una persona humana, como un líder religioso, como un esposo amoroso.

Pero solamente en la vinculación personal con el Resucitado se da la relación teologal. El evangelio de Juan está estructurado en base a esta experiencia única del encuentro del discípulo con Jesús, el Dios hecho hombre, uno de nosotros, indefenso, crucificado, sediento, cansado, torturado, angustiado. Ese Jesús es vivido teologalmente.

Toda la vida de la Iglesia, la contemplación que hace la Iglesia del año litúrgico, la Palabra de cualquier domingo, lo que es una plegaria eucarística... Nada de esto se puede entender sin la luz teologal, y la liturgia es el principal instrumento de esa luz. Es cierto que, siendo el principal instrumento de luz teologal, es también difícil traducirla pedagógicamente. La tentación es utilizar los aspectos más psicologizantes de la liturgia tratando de hacerlas más entretenidas, menos aburridas, más creativas, más participativas. Y, sin duda, habrá que hacerlo. Pero la luz teologal de la liturgia es otra cosa. La clave está en vivir como lo hace la Iglesia, en la presencia del Resucitado, recordando sus misterios, su infancia, pero teologalmente, no románticamente. Resulta chocante la diferencia que existe entre nuestra manera de celebrar la Navidad, tan psicologizante, y cómo la celebra la Iglesia.

2. Nuestra relación con Jesús (Lc 5, 1-11)

La relación personal con Jesús es una relación específica propia e intransferible. Podemos encontrar analogías con las relaciones humanas, pero son solamente eso, analogías. La llamada de Jesús a los discípulos tiene, en Lucas, connotaciones especiales. En concreto, al relato de la llamada a Pedro, Lucas añade la escena de la pesca milagrosa con claras alusiones a la misión eclesial y desde una perspectiva pascual tiene el seguimiento una dimensión misionera.

La contemplación de este texto nos invita, en primer lugar, a tomar conciencia real de nuestra historia de vinculación y de amor a Jesús. Si la tenemos vale la pena ver cuáles son sus rasgos: si se ha alimentado únicamente de necesidades afectivas o ha desarrollado el mundo teologal del amor de Jesús. Puede ser, por el contrario, que Jesús haya sido un modelo de identificación asociado a los grandes valores del Reino que dinamizan la misión: evangelización, pastoral, liberación de los oprimidos, opción por los pobres, promoción del hombre, etc.

El punto nuclear de esta toma de conciencia es si hemos experimentado en nuestra vida lo que es la fuerza del "sígueme", del "tú, sígueme a mí". No se trata tanto de si nosotros amamos a Jesús, sino de si su Persona ha totalizado nuestra existencia. Humanamente, nuestra existencia no la podemos totalizar más que a través del amor. Pero aquí se trata de un amor de fe que se alimenta del mismo amor que Jesús nos tiene, de su fidelidad, del señorío de su Persona ya que nosotros no elegimos a Jesús, sino es Él quien nos elige.

Por otro lado, en esta misma escena, vale la pena que nos situemos ante el Señor Resucitado ("*Kirios*" es el término utilizado por Lucas en boca de Pedro). Ante su presencia destaca su autoridad tan peculiar. Una autoridad que no se impone por la fuerza, pero desenmascara nuestra mentira e incredulidad y nos lleva más allá de nosotros mismos suscitándonos el acto de fe, el amor de fe. Desde el punto de vista afectivo es necesario el abandono a Dios que es el secreto último de la existencia. Para ese abandono hemos sido creados. El misterio de la Alianza es la desposesión de sí en el abandono a Dios. Él es el amor absoluto. Y nos acercamos así al misterio del espíritu humano que no tiene nada que ver con dependencias psicológicas puesto que es fuente de una libertad absolutamente especial y, curiosamente, solamente la conoce quien se ha abandonado. "En Ti puedo amar sin poseer".

La relación del discípulo con Jesús tiene diversas modalidades. En la formación tradicional popular a menudo la imagen que se tiene es la de Jesús como el segundo Dios. De esta forma la humanidad de Jesús queda desplazada y tan lejana que tiende a ser sustituida por otras mediaciones como la Virgen y los santos.

A medida que se ha ido humanizando la figura de Jesús ha pasado a ser un modelo de identificación. Realidad muy frecuente entre cristianos comprometidos. No se tiene relación personal con Jesús, sino que representa el modelo de actuar ético. También puede ser tenido como el iniciador de una gran causa que es el Reino de Dios. No es tan infrecuente que se haya dado una relación personal con Jesús. Pero, debido al proceso de humanización de Jesús, éste se convierte en un amigo, en un compañero de camino con quien se dialoga. El Padre representa así la trascendencia y Jesús el compañero de camino.

Sin embargo, ninguna de estas imágenes alcanza realmente lo que el NT nos dice de Jesús. Es una relación única que no tiene comparación en la historia de las religiones. Jesús es un misterio irreductible.

El Jesús histórico tenía algo especial, sin duda, Pero, en el trabajo desmitologizador y de humanización de todo lo sagrado, propio de nuestra historia más reciente, todo lo que de alguna manera sobrepasa lo "normal" tiene que ser reducido a la media y medida humana, de forma que se considera como no humano aquello que no responde a la media humana. Esto tiene muchas aplicaciones que nos encontramos en la vida pastoral y en diálogo fe-cultura: resulta más creíble que Jesús no fuera concebido virginalmente o que Jesús tuviese tentaciones porque es más humano tener tentaciones. Nos parece que todo lo que pueda tener rasgos de unicidad no es humano, cuando, precisamente, lo peculiar del ser humano, como persona espiritual, es su **unicidad**. Afirmando esto no hay que justificar ni teologizar, por ejemplo, la virginidad de María ni las tentaciones. El problema es que, cuando el hombre tiene que hacer la experiencia de una libertad irreductible, donde se encuentra con el Misterio, todo lo que no entra en la media humana tiende a producir vértigo porque no se puede "demostrar" u objetivar si se prefiere.

Es fundamental la experiencia de la Pascua, pero la unicidad de Jesús no sólo se explica desde la Pascua, sino que hay que recuperar al Jesús histórico en su unicidad. Es cierto que los primeros "sígueme" de Jesús pudieron encontrarse con respuestas de los discípulos ligadas a las expectativas mesiánicas de su tiempo. Pero hay otros momentos en que el "sígueme" expresa y manifiesta una autoridad vinculada a la persona de Jesús que se impone. Esta autoridad especial emerge, sobre todo, a partir de la resurrección en la que adquiere su transparencia. El "sígueme" es la gloria del Resucitado, del Señor. Por eso, en Jesús no se puede separar lo histórico de lo pascual. De la conjunción de ambas realidades nace su figura intransferible que nos han ofrecido los evangelios.

Al margen de estas cuestiones, lo importante es que hoy el Resucitado nos llama a nosotros y nos dice: "sígueme", nos vincula a su persona. Esta llamada y vinculación personal implica vivir un dinamismo afectivo y espiritual con esta unicidad personal que es Jesucristo, de manera que la experiencia que nosotros tenemos de nuestra afectividad con Jesús es la correspondiente a su propio misterio.

3. Hacia una relación afectiva con Jesús: rasgos de esta afectividad

3.1. Jesús atrae de muchas maneras. Pero en esta atracción tiene que darse un descentramiento de nosotros mismos provocado por su Persona o porque simboliza los deseos más profundos de nuestro corazón, los valores universales.

3.2. Produce confianza radical. No es solamente la confianza que puede suscitar una persona abierta y simpática o que es leal. Jesús atrae desde un nivel más profundo porque nos pide que dejemos nuestra existencia en sus manos. Confianza que parte del supuesto humano pero que va hasta la fe.

3.3. Tiene una autoridad única. Cuando Él me llama define mi vida y, de alguna forma, la re-crea. *“Ya no eres Simón; ahora eres Pedro; tú, sígueme”*. Sin esta autoridad no puede entenderse nada de la relación de Jesús con los discípulos. Esa autoridad es creadora, liberadora, salvadora, transformadora. Es una autoridad que crea una vinculación especial. Desde esa autoridad se sabe que todo lo demás no cuenta, ni siquiera los deberes más sagrados de enterrar a los muertos o despedirse de los padres. La ley ha sido definitivamente subordinada a su Palabra y a su Persona (cf El relato de la transfiguración en Mc 9). Los valores universales no cuentan porque Él es el absoluto y en esa autoridad emerge el absoluto, por lo que, en la relación con Él se tiene la experiencia radical del señorío de Dios.

3.4. Es una relación que crea sentido de pertenencia y vinculación amorosa, que es fuente del propio ser y conduce hacia un abandono amoroso. Pero va más allá del abandono amoroso: *“Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo”*; *“Apártate de mí que soy un pecador”*. Es entrar en la zona del señorío del amor absoluto. Todo se resume en el amor de fe, en el amor teologal.

Este tema tiene enorme importancia en la vida de quienes, como discípulos de Jesús, optado por vivir el celibato. Para el célibe, Jesús es el centro afectivo humano. Si Él no es realmente ese Tú de la pertenencia, del descanso; si el corazón no tiene en cuenta el ser desde el misterio de la relación interpersonal con Él, por más que nos entreguemos a su causa, el corazón poco a poco va encontrándose seco, como sin agua, sin fuente. Hay demasiada gente entregada a la causa de Jesús generosamente y, sin embargo, no conoce el amor. Al principio, las consecuencias no suelen aparecer porque, cuando uno es joven, los deseos de significación personal pueden ser suplidos por los intereses vitales de transformación de la realidad del mundo o por las afectividades variadas, las que se nos dan en la misión, en la amistad. Pero, con los años, la vida se concentra, se reduce. A partir de los cuarenta años venderías las mejores causas por una caricia. Pero, el corazón no se contenta con cualquier fuente: *“el corazón no se contenta con menos que Dios”* (San Juan de la Cruz).

Por ello, y a efectos de nuestro discernimiento, la cuestión central es: ¿de qué vive nuestro corazón, cuál es nuestra fuente? Que Jesús es nuestro centro no significa que suple ciertas necesidades humanas. Nadie como Jesús realiza y plenifica los fondos del corazón. Pero el célibe debe de ser consciente de los precios que paga, de que ciertas dimensiones, como las sexuales, la necesidad de compañía, de cierto calor humano no pueden ser directamente vividas. Un celibato vivido lúcidamente sabe que la vida es una soledad habitada, solidaria, reconciliada, pacificada. Nuestra tentación es buscar suplencias o sucedáneos: unos lo hacen idealizando la vida comunitaria; otros idealizan la amistad pero cayendo en dependencias que impiden la maduración adulta. La amistad es fundamental como ayuda para vivir en lo único necesario. Si se da esa amistad es un auténtico regalo.

José I Blanco Berga